

Pablo Ingberg  
Inéditos por ajena voluntad

Creerse censurado raya riesgosamente con atribuirse más importancia de la que se tiene, sobre todo si sólo se cuenta con indicios para sospecharlo pero ninguna prueba para confirmarlo. Colaboré con el suplemento cultural de *La Nación* desde fines de 1995 hasta principios de 2004, y con la página de opinión del mismo diario durante 1997 y una vez en 1999. En ambos casos empecé invitado y me fui no echado (aunque en el suplemento cierta situación me invitaba a irme). Fue una experiencia que intenté manejar a contracorriente de mí mismo, por aquello que puede figurarse mediante una frase de Ezra Pound: “la literatura es noticia que permanece noticia”; me costaba encontrar actualidades sobre las que me interesara opinar, y, sobre todo, sobre las que me sintiera mínimamente capacitado para emitir alguna opinión digna de ser leída por otros. La literatura y el periodismo son parientes, pero en mi familia mental no se llevan bien. La falla es mía, por supuesto; no postulo ninguna preeminencia de mis inclinaciones. Lo cierto es que, en buena parte, mi abandono de esas actividades se relaciona con una reseña y una nota que entregué y no se publicaron, sin que me dieran explicaciones satisfactorias. Hubo una o dos reseñas más con las que ocurrió lo mismo (en más de nueve años y casi noventa reseñas), pero ni recuerdo cuáles eran. Los dos casos que sí recuerdo los publico en mi página: “El libro como mercancía”, una nota de opinión escrita a propósito de la inminente inauguración de la Feria del Libro de Buenos Aires en, creo, 1998, y una reseña sobre una novela premiada (*Aún*, de Mariano Dupont) donde hacía algunas reflexiones, muy a propósito de esa novela, acerca de los premios literarios. Quien tenga interés en leerlas está gentilmente invitado a jugar al detective y al juez. No hay ningún otro indicio o prueba, aparte del contenido de ambos escritos, para conjeturar por qué no fueron publicados.